

Título:

Cuando todo haga boom quiero estar contigo

Título según una frase de Tropical Estudio para el restaurante Baobab, que amablemente la ha autorizado a la autora.

Autora:

Marian Cisterna

© 2020. Ediciones Especializadas Europeas, SL

EEE Literaria

www.eeliteraria.com

Maquetación: Ramon Lanza

ISBN 978-84-949907-9-3

Todos los derechos reservados, incluyendo, entre otros, conferencias públicas y transmisiones por radio y televisión, incluidas partes individuales. Ninguna parte del trabajo puede reproducirse de ninguna forma (por fotografía, microfilm o cualquier otro medio) o procesarse, duplicarse o distribuirse utilizando sistemas electrónicos sin el permiso por escrito del editor.

PRÓLOGO

Esta novela ha tenido una gestación particularmente larga. Si mi primer trabajo “No tires la toalla, hazte un bonito turbante” pude terminarlo en cinco meses y fue un visto y no visto, la obra que hoy tienes entre tus manos me ha acompañado cuatro largos años.

Comencé a escribirla en San Sebastián y de un tirón salieron los dos primeros capítulos. No podía sacármelos de la cabeza y daba la sensación de que ellos mismos me metían prisa para que contara sus historias, hablando unos encima de otros como en un debate de *Sálvame Deluxe*.

También tuve que soportar que cuando me disponía a trasladar al papel lo que me habían contado, cambiaban de parecer y me narraban otra versión muy diferente, por lo tanto, la mayor parte de las veces ni yo misma tenía ni idea de lo que iba a pasar.

No pienses, lector, que estoy como una chota, al menos de momento, ya tendrás tiempo para alucinar un poco más adelante.

En esos primeros meses me encontraba física y emocionalmente bien, pero un poco más adelante, posiblemente por un cansancio acumulado, me adentré en una vivencia personal de la que me costó dos años recuperarme: una depresión.

Yo que me creía la mar de alegre, positiva y fuerte, he experimentado en propia piel lo que es no tener fuerza para hacerme el desayuno.

Me pregunté qué me estaba pasando y de dónde nacía toda esa angustia, pero esto tal vez te lo cuente en otra novela. Entretanto te hago un poco de «spoiler» adelantándote que a día de hoy me encuentro muy recuperada y que afortunadamente “he vuelto a ser yo”, que era una de las cosas que más me preocupaba: no poder volver a encontrarme. He vuelto en una versión 2.0 que ha viajado hasta lo más profundo de mi ser y ha recogido una caja de herramientas que no sabía ni que existía. No agradezco haber viajado hasta allí, pero ya que lo he hecho he de decir que las herramientas me han venido de maravilla.

Durante ese tiempo, esta novela permaneció dormida. Sus personajes respetaron mi descanso y solamente venían a mí para decirme que ya habría momento de rescatar su historia para escribirla, que me recuperara y que ya volveríamos a hablar más adelante.

Y ahora ya puedes comenzar a frotarte los ojos porque lo que te voy a contar es cuando menos alucinante.

Empiezo aclarándote que yo no creía ni dejaba de creer en el Más Allá y me parecía la mar de aburrido que, después de tanta vida, nuestra alma se quedara en nada. Te mueres ¿y ya está? ¿No hay nada más? ¿Pero qué me estás contando?

Ya de niña le propuse a mi abuela Adela que si ella emprendía ese viaje antes que yo hiciera lo posible por presentarse en mi camino en plan fantasma y así ambas demostraríamos que las visitas espirituales existían. Ella, que sí creía en el Más Allá, me respondió que contara con ello y ambas cerramos el trato asintiendo muy convencidas (aunque luego yo le pidiera que intentara no poner voces raras y que no me diera sustos).

A día de hoy no se me ha aparecido físicamente todavía, supongo que estará muy liada, pero la he sentido muchas veces cerca, su recuerdo permanece inalterable en mi memoria y muchas veces me sorprende hablando con ella en mi cabeza, segura de cuál sería su respuesta.

Esto puede deberse a que nuestra conexión era especial, a que nos conocíamos lo suficiente como para saber lo que pensaba la otra y también, claro está, a que de algún modo su esencia sigue conmigo. Es hermoso pensar esto último.

En un principio, la finalidad de esta novela no era hablar sobre la capacidad de los espíritus a comunicarse con nosotros, sino hacer ver que todo el mundo tiene una historia detrás que a veces no se cuenta y que esa historia, sin duda, es lo que marca el hilo conductor de nuestras relaciones.

Si todos pudiéramos conocer el motivo por qué tal o cual persona actúa de un determinado modo, sería mucho más fácil entendernos.

En la novela, el personaje de Ariel puede ver a su familia, conocer cada secreto y escuchar sus pensamientos. Y lo hace sin emitir juicios, una lección que todos deberíamos aprender.

Ésta y no otra era la misión de la novela en un principio, pero a medida que fui escribiendo comenzaron a pasar “cosas”. He entrecomillado la palabra cosas porque fueron un tanto extrañas.

Al principio lo achaqué a casualidades. Que cada uno de mis personajes descritos en la novela se fueran presentado en mi vida real tenía que ser una coincidencia, así

que no le presté mucha atención, ya que esto en principio no es raro, porque cuando escribes sobre algo, ese “algo” comienza a invadir tu mundo.

Pero hete aquí que en mi caso se convirtió en algo más: los personajes aparecían con todos sus detalles, con sus historias, y algunos incluso tal y cómo me los imaginaba físicamente.

¿Te quieres creer que hasta apareció Frida? Tres meses después de contar en el libro cómo Alain se enamora de esa perrita en el Pirineo francés, mi marido y yo hicimos un viaje y justo antes de cruzar la frontera francesa, en mitad de la carretera, una perra exactamente igual que Frida, que se había perdido, nos obligó a subirla al coche y buscar a sus dueños durante todo el día. No caí en la coincidencia hasta que reanudé la escritura de la novela.

Juls, Ferrin, la cafetería de “La Más Bonita” (que descubrió mi amiga Esther Puisac) con su Erika incluida. Las abejas del padre de Ariel, Vera la médium, Julio, Ferrin y la historia de cómo encontraron a Conchita cuando era un bebé, también vinieron a mí. Apareció incluso el sitio donde los personajes se tiran en parapente (algo que me ayudó un muy mucho a completar la descripción de lugar).

Te dejo solo estos datos (porque hay muchos más) y ahora ya puedes empezar a mirarme como si efectivamente me hubiera zampado una tortilla de setas alucinógenas. No pasa nada, no te lo tendré en cuenta.

Aparte de todo esto, espero que los personajes te hayan gustado, cada uno guarda un poco de lo que todos

somos, de nuestros miedos e inseguridades, así que esa podría ser también la explicación de que traspasaran el papel y visitaran mi mundo.

PRIMERA ETAPA

I Lost my Little girl
(Paul McCartney)

*Bueno, esta mañana me desperté tarde,
mi cabeza daba vueltas
y sólo entonces me di cuenta...
Perdí a mi pequeña niña.
Oh, oh, oh, oh.*

*Bueno, su ropa no era cara,
su cabello no siempre tenía rizos.
No sé por qué la amaba
Pero amé a mi pequeña niña.
Oh, oh, oh, oh.*

*Bueno, acercaros...
Dejadme contaros su historia,
la primerísima canción que escribí.*

*Bueno, acercaros...
Dejadme contaros su historia,
la primerísima canción que escribí.*

*Bueno, esta mañana me desperté tarde,
mi cabeza daba vueltas
y sólo entonces me di cuenta...
Perdí a mi niña, dije.
Oh, oh, oh, oh.*

BIENVENIDA. MI PEQUEÑA NIÑA

Sinceramente, esto no es cómo me lo imaginaba. Vamos a ver, que yo he visto «Ghost» mil millones de veces y a mí no me vino a buscar ningún grupo de ángeles de sombras irisadas. Tampoco vi un túnel ni una luz y no me esperaba nadie conocido a las puertas del cielo. Por otro lado, estoy segura que esto no es el infierno. No sabría decir muy bien por qué, pero no, no lo es. Esas cosas se sienten.

Puedo describirte este lugar como una infinita extensión blanca, una inmensidad donde al llegar me encontré sola y confusa, como cuando despiertas de la siesta y descubres que no hay nadie en casa; o esa extraña sensación de aturdimiento al llegar por primera vez a un lugar que no conoces y que te empuja a investigar cada rincón con cautela e interés.

Fue tal mi sensación de curiosidad y asombro que se me olvidó todo: lo que me había ocurrido, lo que dejaba atrás y esta nueva materialización en la que me había convertido. No tardé mucho en percibir que alguien estaba junto a mí y pensé: “Arrea, ¡voy a conocer a Dios en persona!”. Pero no, no era Dios. Esta historia no había hecho más que empezar y por eso te la estoy contando.

-Hola, Ariel, bienvenida –susurró una voz de mujer que escuché de manera cristalina, suave y tranquilizadora. Me giré y no vi a nadie, así que como me había dejado «allí abajo» el bote de las lentillas, achiqué los ojos y seguí buscando.

-¿Qué tal te encuentras? –volví a escuchar.

Me encogí de hombros. No estaba acostumbrada a hablar con una voz en «off» como si estuviera en «Gran Hermano».

-Bueno, teniendo en cuenta que acabo de palmarla, creo que me encuentro bastante bien. ¿Quién eres? –pregunté a la nada con un crujidito que me salió de la garganta a modo de carcajada sarcástica con el que pretendía esconder un miedo atroz que me había paralizado (una reacción muy típica que he heredado de mi madre, no lo negaré).

Y entonces, y con esto sí que vas a alucinar, entre brumas, un ser resplandeciente se fue acercando hasta mí. Te juro que casi me da un parraque porque una figura femenina se volvía cada vez más nítida. La reconocí de inmediato porque era inconfundible, con su característico cabello rubio y el vestido plateado de lentejuelas que llevó en la película “Con faldas y a lo loco”. Ella, la mismísima Marilyn Monroe, se acercaba hasta mí con suave elegancia en cada paso, controlando así su inimitable bamboleo de caderas. Con estola de armiño blanco y todo. Estaré muerta, pero me sigo fijando en esas cosas. En las cosas buenas, bonitas y elegantes.

-¿Eres Marilyn? –pregunté (porque aquí y allí abajo las cosas no son tan distintas: si te encuentras con un famoso tienes que asegurarte antes de quién es, para evitar confundir a Antonio Banderas con Benicio del Toro o a Mercedes Milá con mi querido Martin Gore de Depeche Mode).

Ellaladeó la cabeza e hizo ese esbozo de sonrisa tan peculiar suyo, frunciendo ligeramente los labios, casi temblorosos y enmarcando el gesto con un maravilloso rouge labial mate.

-Seguramente tendrás muchas cosas que preguntarme – intuyó con afinada certeza.

Me hubiera encantado saber si era verdad lo de los hermanos Kennedy, que primero se lió con uno, luego con el otro y también qué pasó realmente esa noche en su casa: lo de los barbitúricos, lo de la llamada de teléfono desde su mansión colonial en Los Ángeles aquella madrugada de 1962, lo de su asistenta o por qué no volvió con su exmarido Joe DiMaggio, con lo majo que era. Pero, ya me vas a perdonar, tenía cuestiones más urgentes que resolver en ese momento:

-¿Dónde estoy? –pregunté abarcando con la mirada aquel immaculado espacio.

Ella volvió a sonreír con un guiño especial en sus ojos, de tal manera que la máscara de pestañas y el «eye liner» se juntaron tanto que dibujaron dos suaves ondas en su cara.

-Estás en la Primera Etapa.

Y aunque estaba segura de la respuesta, lo pregunté:

-¿La primera etapa? Pero, yo... estoy... yo...yo... estoy, vamos, que yo... -Marilyn alzó las cejas animándome a lanzar al aire la cuestión que ya sabía -¿Estoy muerta?

-Ajá. Sí, Ariel, lo estás –su semblante se encriptó y se tornó serio, tan serio, que fue como recibir un puñetazo en el estómago.

-¿Y no hay marcha atrás? ¿No es un sueño y voy a despertar? –dije con un hilo de voz, como en «Los Serrano».

Su rostro volvió a cambiar. Miró al suelo, luego levantó levemente la cabeza y me miró con una mezcla entre seriedad, pena y ternura a partes iguales.

-No, querida, no hay marcha atrás. Lo siento mucho, Ariel –sentenció con cariño.

Así que esto era más en plan «Lost». Rompí a llorar, porque, aunque no lograba recordar qué había pasado, no pude evitar pensar en mi madre, en mi padre, en mi marido, en mis hermanos... en mi amiga Ferrin, en mi trabajo... pensé hasta en Frida, mi perra, y me precipité en un profundo abismo de pena infinita.

Marilyn vino hasta mí y me abrazó. La suave estola de armiño blanco me acarició la nariz y sí, seguía usando Chanel N°5 y no el de imitación, por supuesto. El de verdad verdadera.